

Plaza pública

para la edición del 16 de mayo de 1996

Gobernador del DF

Miguel Ángel Granados Chapa

Aunque faltan catorce meses para los comicios, y ni siquiera se ha practicado la reforma constitucional que la hará posible, la elección de gobernador del Distrito Federal es ya una de las preocupaciones vivas de los partidos políticos. La importancia política del cargo, que significa gobernar a la más vasta comunidad humana de nuestro país, donde se concentra buena parte de la actividad económica, financiera, cultural y política, hará de esa responsabilidad la segunda más relevante en la escala nacional, después de la Presidencia.

Confiere trascendencia al voto de los capitalinos, por otra parte, el hecho de que el sistema de partido dominante casi único se quebró en la ciudad de México hace ya mucho tiempo. Es decir, el PRI ya no es, rigurosamente hablando, el partido mayoritario, sino que es sólo la minoría más grande. En 1988, el año de su gran desastre, obtuvo apenas el 27 por ciento. Y si bien seis años después se observó un notorio repunte de su votación, llegó al 42 por ciento.

Hay varios precandidatos priístas al gobierno de la ciudad. El más visible es el actual regente, Oscar Espinosa Villarreal, cuya participación en la contienda electoral sería posible por una disposición transitoria que no considere vulnerado de ese modo el principio de no

reelección. Sería erróneo, sin embargo, que el candidato priísta fuera alguien en quien pudiera encarnarse de modo tan plástico las deficiencias de la administración capitalina. No le va a la zaga el procurador José Anonio González Fernández, quien asegura a todos quienes lo escuchan que a su juicio el candidato debe ser precisamente Espinosa Villarreal, pronóstico que habla más de su prudencia que de su tino. Se ha descartado expresamente a sí mismo, en cambio, el secretario general del Departamento, Jesús Salazar Toledano. No es discreción la suya, sino una convicción la que lo lleva a actuar de ese modo. Hace dos años, precisamente, rehusó ser candidato a senador, por lo que si anuncia desde ahora su abstención, debemos creerle.

Otros precandidatos son el ex regente Manuel Aguilera, que ganó una elección senatorial; Manuel Jiménez Guzmán, presidente de la Asamblea del DF, que dirigió el partido en la capital, y que ha sido diputado y asambleísta, es decir legislador en lo que fue y es el parlamento de la ciudad de México. En semejantes condiciones está el presidente del PRI Santiago Oñate, pero el carácter nacional de su tarea podría orientarlo a buscar una posición como líder senatorial o de la Cámara.

A pesar de que en la elección de 1994 fue la segunda fuerza política en la capital, el PAN podría crecer hasta obtener el triunfo. Que eso ocurra dependerá en buena medida de quién sea su candidato. Por eso los ojos de los panistas se vuelven automáticamente hacia Diego Fernández de Ceballos, por quien sufragó en 1994 casi el

27 por ciento de los votantes. Ha mostrado desinterés en el tema, lo que de confirmarse abre el espacio para otros aspirantes como Carlos Castillo Peraza, que deshoja la margarita al respecto. El senador José Angel Conchello dirigió durante largo tiempo el comité panista del Distrito Federal, lo que lo puso en contacto con la realidad capitalina. La objeción principal que se le opondrá (no yo, por supuesto, ya que voy compartiendo ese defecto) es su edad política, ya que figuró por primera vez como candidato panista en 1953. Gonzalo Altamirano Dimas, que lo sustituyó en el liderazgo regional, tiene que resolver primero la reelección a que aspira en ese cargo.

Se ha empezado a mencionar también al doctor (en ciencias sociales) Francisco José Paoli, que a diferencia de los dos anteriores obtuvo por mayoría la posición de elección popular que hoy ejerce, la de asambleista (distrito 36) en el DF. Antes diputado federal, fue también rector de una de las unidades de la Universidad Autónoma Metropolitana (la universidad local capitalina, como su nombre lo indica) y luego fue abogado general de la misma institución. Dos objeciones, que en el fondo son una sola, su tránsito por otro partido antes (el PMT) y su reciente ingreso a Acción Nacional, pueden ser problema interno, pero al contrario, serían atractivos en una sociedad plural y abierta como es la del Distrito Federal.

En el Partido de la Revolución Democrática el tema parecía resuelto de antemano. No se hablaba sino de Porfirio Muñoz Ledo, que junto con la maestra

Ifigenia Martínez ganó en 1988 por diferencias muy importantes la senaduría capitalina. Habrá dejado de ser para entonces el presidente nacional de su partido, y aunque ha anunciado su retiro de la política y su dedicación a la escritura, todo el mundo supone que se trata de una verdad provisional, sujeta a cambios. Pero ahora se menciona también el nombre del propio ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas como eventual aspirante al cargo.

No es descabellado que se le incluya en este elenco. En las elecciones de 1988 obtuvo un caudal enorme de sufragios, que aunque disminuido significativamente seis años más tarde, revela una gran presencia en el electorado más crítico e informado de todo el país. Tiene además en su favor su experiencia directa en el gobierno de una entidad, ya que de 1980 a 1986 desempeñó el de Michoacán. El PRD deberá resolver, en su caso, si conviene generar un debate interno respecto del gobierno del DF o si se puede dirimir la cuestión con la reflexión anticipada sobre la candidatura presidencial del año Dos mil, en que podría figurar Cárdenas de nuevo, a fin de capitalizar la experiencia obtenida en ese empeño.

Más precoz aun que las designaciones de candidato sería un pronóstico que buscara un resultado de la elección de julio de 1988. Las tendencias interrumpidas en 1988 indicaban una disminución de las preferencias por el partido gubernamental, más acusadamente que en el resto del país, pero sería erróneo colocarse de plano en la hipótesis de que un miembro de la oposición gobernará la principal aglomeración humana del país. ■